

## Los literatos chinos\*

20 Copias  
05

Durante doce siglos, en China, el rango social se ha determinado más de acuerdo con la calificación para el ejercicio de cargos públicos que según la riqueza. Esta calificación ha venido determinada, a su vez, por la educación y, sobre todo, por los exámenes. China ha convertido la educación literaria en medida de prestigio social del modo más exclusivo, mucho más exclusivamente que Europa durante el período de los humanistas o, recientemente, Alemania. Incluso durante el período de los estados guerreros, el estrato de aspirantes a cargos públicos educados en la literatura —y originariamente ello sólo suponía un conocimiento de la escritura— estuvo difundido en todos los estados individuales. Los literatos fueron los depositarios del progreso hacia una administración racional y de toda la «intelectualidad».

Tal como sucede con el brahmanismo en la India, en China, los literatos han sido los exponentes decisivos de la unidad cultural. Los territorios (así como los enclaves) no administrados por funcionarios con una educación literaria, de acuerdo con el modelo de la idea ortodoxa del Estado, fueron considerados heterodoxos y bárbaros, al igual como sucedió con los territorios, situados dentro del ámbito del

\* De «Konfuzianismus und Taoismus», cap. 5, Der Literatoustand, en *Gesammelte Aufsätze zur Religionssoziologie*, vol. I, pp. 395-430. Este capítulo figuró originariamente en la serie del *Archiv*, «Die Wirtschaftsethik der Weltreligionen»; véase nota al cap. II.

hinduismo, pero no regulados por los brahmanes, y también las regiones no organizadas en *polis* por los griegos. La estructura cada vez más burocrática de las comunidades políticas chinas y de sus representantes ha prestado su sello característico a toda la tradición literaria china. En China, los literatos han sido decididamente el estrato dominante por más de dos mil años, y aún siguen siéndolo. Su dominio ha sido ininterrumpido; a menudo ha contado con una apasionada oposición; pero siempre logró renovarse y expandirse. Según los *Anales*, en 1946, el emperador concedió por primera vez a los literatos, y sólo a éstos, el tratamiento de «Su señoría».<sup>1</sup>

El hecho de que este estrato dirigente de intelectuales nunca poseyese el carácter de los sacerdotes de la Cristianidad o del Islam, o de los rabinos judíos o los brahmanes indios, o de los antiguos sacerdotes egipcios, o los escribas egipcios e indios, ha tenido una importancia incalculable para el modo de desarrollo seguido por la cultura china. Es significativo que, en China, el estrato de literatos, pese a proceder de una instrucción ritual, se formó sobre la base de una educación para *laicos* gentiles. Los «literatos» del período feudal, entonces oficialmente denominados *pue che*, esto es, «biblioteca viviente», dominaron ante todo el ritualismo. Sin embargo, no procedían de una estirpe de nobleza sacerdotal, como las estirpes de los *Rishi* del *Rig-Veda*, o de un gremio de hechiceros, como es muy probable que fuese el caso de los brahmanes del *Atharva-Veda*.

En China, los literatos se remontan, al menos en lo esencial, a los descendientes, probablemente hijos menores de familias feudales que adquirieron una educación literaria, sobre todo un conocimiento de la escritura, y cuya posición social se basó en este conocimiento de la escritura y la literatura. El conocimiento de la escritura también estaba al alcance de un plebeyo, aun cuando, si se tiene en cuenta el sistema de escritura china, a éste le hubiese resultado difícil llegar a dominarlo. Pero si ello sucedía, el plebeyo compartía el prestigio de cualquier otro erudito. Incluso durante el período feudal, el estrato de literatos no fue hereditario ni exclusivo —otra diferencia con los brahmanes.

Hasta tiempos históricos recientes, la educación védica se basó en la transmisión oral; rechazó la perpetuación de la tradición por escrito, desdén que tienden a compartir todos los gremios de brujos profesionales organizados. En China, en cambio, la escritura de los libros rituales, del calendario y de los *Anales* se remonta a la época prehistórica.<sup>2</sup> Incluso en las tradiciones más antiguas, las antiguas escrituras fueron consideradas objetos mágicos,<sup>3</sup> y portadores de un carisma mágico los hombres que las conocían. Según veremos, estos hechos han persistido en China. El prestigio de los literatos no ha consistido en un carisma de mágicos poderes de hechicería, sino más bien en un conocimiento de la escritura y la literatura como tales; es posible que, originariamente, su prestigio se basase además en un conocimiento de la astrología. Pero su misión no ha consistido en ayudar a personas privadas a través de la hechicería, curar a los enfermos como hace el brujo, por ejemplo. Para ello existían profesiones especiales, a las que nos referiremos más adelante. Desde luego, en China, como en todas partes, la importancia de la magia fue un presupuesto sobreentendido. Sin embargo, en la medida en que se trataba de los intereses de la comunidad, correspondía a sus representantes influir sobre los espíritus.

En favor de la comunidad política actuaba el emperador como supremo pontífice, y también los príncipes. Y en el caso de la familia, el jefe de la estirpe y el patriarca del hogar intercedían ante los espíritus. Desde tiempos muy remotos, se había influido sobre el destino de la comunidad, sobre todo en las cosechas, por medios racionales; esto es, una regulación de las aguas; por ello, el «orden» de administración correcto siempre ha constituido el medio fundamental de ejercer influencia sobre el mundo de los espíritus.

Aparte del conocimiento de las escrituras como medio de interpretar la tradición, era preciso un conocimiento del calendario y de las estrellas, a fin de interpretar la voluntad divina y, sobre todo, para identificar los *dies fasti* y *nefasti*; y, al parecer, la posición de los literatos deriva también de la dignificada posición que ocupó el astrólogo de la corte.<sup>4</sup>

Los escribas, y sólo éstos, podían interpretar ritualmente ese importante orden (originariamente, es probable que se valiesen también de horóscopos) y aconsejar, por consiguiente, a las autoridades políticas pertinentes. Una anécdota de los *Anales*<sup>5</sup> revela las consecuencias de modo sorprendente.

En el estado feudal de los Wei, un probado general —U KI, supuesto autor del texto sobre estrategia ritualmente correcta, cuya autoridad se ha mantenido hasta la época presente— y un hombre de letras entraron en competencia por el cargo de primer ministro. Una violenta disputa surgió entre los dos después del nombramiento del literato. Éste admitió con presteza que no sabía dirigir guerras ni poseía un dominio de otras tareas políticas similares que pudieran compararse al del general. Pero cuando, en vistas de ello, el general declaró estar mejor dotado, el literato observó que la dinastía se veía amenazada por una revolución, ante lo cual el general admitió sin vacilación que el literato estaba más bien preparado para evitarla.

El que estaba versado en las escrituras y la tradición sólo se consideró competente para organizar correctamente la administración interna y la conducta carismáticamente correcta, desde un punto de vista ritual y político, a seguir por el soberano. En agudo contraste con los profetas judíos, interesados esencialmente en la política exterior, los literatos políticos chinos, instruidos en el ritual, se orientaron primordialmente hacia problemas de administración interna, aun cuando estos problemas suponían una política de poder absoluto, si bien, al ocuparse de la correspondencia del soberano y de la cancillería, podían dedicarse con gran intensidad a la dirección personal de la diplomacia.

Esta constante orientación en torno a problemas de «correcta» administración del Estado determinó un profundo racionalismo práctico y político entre el estrato intelectual del período feudal. En contraste con el estricto tradicionalismo del período posterior, los *Anales* revelan de vez en cuando cualidades de audaces innovadores políticos en los literatos.<sup>6</sup> Su ensalzamiento de la educación no conoció límites,<sup>7</sup> y los soberanos —al menos según la descripción de los *Ana-*

*les*— les concedieron gran deferencia.<sup>8</sup> Su íntima relación con el servicio de los soberanos patrimoniales existió desde tiempos remotos e influyó de modo decisivo sobre el peculiar carácter de los literatos.

Los orígenes de los literatos están rodeados de enigmas. Aparentemente, fueron los *augures* chinos. El carácter pontifical cesarino-papista del poder imperial ha tenido una importancia decisiva para determinar su posición, así como el carácter de la literatura china. Ésta comprendió *Anales* oficiales, himnos de guerra y sacrificio mágicamente probados, calendarios, así como libros de ritual y ceremonial. Con sus conocimientos, los literatos apoyaron el carácter del Estado, por naturaleza una institución eclesiástica y compulsiva; dieron el Estado por sentado, como presupuesto axiomático.

En su literatura, los literatos crearon el concepto de «cargo», sobre todo el ethos del «deber oficial» y del «bienestar público».<sup>9</sup> Suponiendo que los *Anales* sean fidedignos, los literatos, como partidarios de la organización burocrática del Estado como institución compulsiva, se opusieron desde el principio al feudalismo. Ello resulta bastante comprensible ya que, desde el punto de vista de sus intereses, los administradores debían ser sólo personas con una calificación personal adquirida a través de una educación literaria.<sup>10</sup> Por otra parte, se atribuían el mérito de haber indicado a los soberanos la vía de una administración autónoma, de la fabricación de armas y construcción de fortificaciones por el gobierno, modos y dios que convirtieron a los príncipes en «amos y señores de sus tierras».<sup>11</sup>

Esta íntima relación de los literatos con el servicio principesco se inició en el curso de la lucha del soberano contra los poderes feudales; y diferencia a los literatos chinos de los laicos educados de Hellas, así como de los de la antigua India (*kshatriya*). Les asemeja a los bracmanes, de los que difieren empero en su subordinación ritualista bajo un pontífice cesarino-papista. Además, en China, nunca ha existido orden de castas alguno, un hecho íntimamente vinculado a la educación literaria y a la subordinación a un pontífice.

La relación de los literatos con el *cargo* ha cambiado de naturaleza (con el transcurso del tiempo). Durante el período de los estados feudales, las diversas cortes compitieron por el servicio de los literatos, los cuales iban en busca de oportunidades de poder y, no lo olvidemos, de las mejores oportunidades de ingresos posibles.<sup>12</sup> Se formó todo un estrato de «sofistas» ambulantes (*che-she*), comparable a los caballeros y sabios andantes de la Edad Media occidental. Según veremos, también hubo literatos chinos que, en principio, no ocuparon ningún cargo. Este estrato libre y móvil de literatos fue el depositario de las escuelas y antagonismos filosóficos, situación comparable a las que se dieron en la India, la Antigüedad helénica y la Edad Media con sus monjes y sabios. Sin embargo, los literatos, como tales, se consideraban integrados en un grupo de status unitario. Se atribuían honores de status comunes<sup>13</sup> y se sentían unidos como únicos depositarios de la homogénea cultura china.

La relación de los literatos chinos con el servicio principesco, como habitual fuente de ingresos, les distinguió, como grupo de status, de los filósofos de la Antigüedad y, al menos, también de los laicos instruidos de la India, los cuales, en general, se situaron socialmente en sectores muy alejados de todo cargo público. Normalmente, los literatos chinos deseaban ingresar al servicio de un príncipe por considerarlo tanto una fuente de ingresos como un campo normal de actividad. Confucio, y también Lao-tsé, fue funcionario antes de comenzar a vivir como maestro y escritor, sin relación con ningún cargo público. Veremos que esta relación con el cargo público (o cargo en un «estado eclesiástico») tuvo una importancia fundamental para la naturaleza de la mentalidad de ese estrato. En efecto, esta orientación se fue mostrando cada vez más importante y exclusiva. En el Imperio unificado, los príncipes se vieron sin oportunidad de competir por los literatos. Éstos y sus discípulos pasaron a competir entonces por los cargos existentes, y este proceso no podía dejar de plasmarse en una doctrina ortodoxa unificada, adaptada a la situación. Esta doctrina sería el *confucianismo*.

A medida que se fue desarrollando el prebendarismo

chino, ello puso fin a la movilidad mental, originariamente libre, de los literatos. Este proceso ya se hallaba en pleno vigor cuando se iniciaron los *Anales* y la mayor parte de los escritos sistemáticos de los literatos, y cuando se «redescubrieron» los libros sagrados, destruidos por Shi-Hwang-Ti.<sup>14</sup> Éstos fueron «redescubiertos» a fin de que los literatos pudiesen revisarlos, retorcarlos e interpretarlos, prestándoles con ello un valor canónico.

En los *Anales* resulta evidente que todo este proceso se inició con la pacificación del Imperio o más bien que llegó a sus conclusiones durante este período. En todas partes, la guerra ha sido asunto de jóvenes, y la frase *sexagenarios de ponte* ha sido un eslogan empleado por los guerreros para atacar el «senado». Sin embargo, los literatos chinos fueron «ancianos», o representaban a los ancianos. Los *Anales*, como paradigmática confesión pública del príncipe Mu kong (de Tsin), transmitieron la idea de que el príncipe había pecado al escuchar a los «jóvenes» (los guerreros) y no a los «ancianos», los cuales, si bien se hallaban desprovistos de fuerza, poseían en cambio experiencia.<sup>15</sup> De hecho, éste fue el factor decisivo de la evolución hacia el pacifismo y, con ello, hacia el tradicionalismo. El carisma fue desplazado por la tradición.

### 1. *Confucio*

Incluso las partes más antiguas de los textos clásicos vinculados al nombre de Kung Tse, esto es, a Confucio como publicista, nos permiten identificar las condiciones de los reyes guerreros carismáticos. (Confucio falleció el año 478 a J.C.) Los heroicos cantos del libro de himnos (*Shi-king*) hablan de reyes luchando en sus carros de guerra, al estilo de las épicas helénicas e indias. Pero, si se considera su carácter en conjunto, incluso esos cantos ya no son heraldos de un heroísmo individual y, en general, puramente humano, tal como sucede en las épicas homéricas y germánicas. Cuando fue recopilado el *Shi-king*, el ejército del rey ya había

perdido todo el romance de los séquitos guerreros de las aventuras homéricas. El ejército ya poseía un carácter de burocracia disciplinada y, sobre todo, tenía «oficiales». Incluso en el *Shi-king*, los reyes ya no vencen simplemente a causa de su superioridad heroica. Y ello es decisivo para el espíritu del ejército. Vencen porque representan la rectitud moral ante el Espíritu del Cielo y debido a la superioridad de sus virtudes carismáticas, en tanto que sus enemigos son criminales impíos que han perjudicado el bienestar de sus súbditos a través de la opresión y la violencia de las antiguas costumbres, y, en consecuencia, han perdido su carisma. La victoria es motivo de reflexiones moralizantes y no de heroico regocijo. Al contrario de las sagradas escrituras de casi todas las demás éticas, sorprende aquí la ausencia de toda expresión «escandalosa», de toda imagen concebiblemente «indecente». Es evidente que se ha realizado una expurgación muy sistemática, y ésta puede haber sido perfectamente la aportación específica de Confucio.

Es evidente que la transformación pragmática de la antigua tradición de los *Anales*, producidos por la historiografía oficial y los literatos, fue más allá de los paradigmas sacerdotales introducidos en el Antiguo Testamento, en el Libro de los Jueces, por ejemplo. La crónica atribuida directamente a Confucio contiene la hábil y muy recatada enumeración de las campañas militares y expediciones punitivas emprendidas contra los rebeldes; en este sentido, se asemeja a los protocolos jeroglíficos de Asiria. En caso de que Confucio expresase realmente la opinión de que su carácter se manifestaba con especial claridad en su obra —según afirma la tradición—, deberíamos suscribir las opiniones de aquellos estudiosos (chinos y europeos) que lo interpretan en el sentido de que su realización característica fue esta sistemática y pragmática corrección de hechos, desde el punto de vista de la «propiedad». Así debe haber sido considerada su obra por sus contemporáneos, pero lo esencial de su significación pragmática ha quedado velado para nosotros.<sup>16</sup>

Los príncipes y ministros de los clásicos obran y hablan como paradigmas de gobernantes cuya conducta ética es

recompensada por el Cielo. La burocracia y la promoción de funcionarios de acuerdo con sus méritos constituyen tópicos de glorificación. Los dominios principescos siguen bajo un gobierno hereditario; algunos cargos locales son feudos hereditarios; pero este sistema es mirado con escepticismo por los clásicos, al menos en cuanto a los cargos hereditarios. En última instancia, consideran este sistema como algo meramente provisional. En teoría, ello se aplica incluso al carácter hereditario de la dignidad del emperador. Los emperadores ideales y legendarios (Yao y Shun) designan a sus sucesores (Shun y Yü) sin consideraciones de cuna, seleccionándolos entre el círculo de sus ministros y pasando por encima de sus propios hijos, basándose únicamente en su carisma personal, de acuerdo con las certificaciones de los más altos funcionarios de la corte. Los emperadores designaron del mismo modo a sus ministros, y sólo el tercer emperador, Yü, no nombra como sucesor a su primer ministro (Y) sino a su hijo (Ki).

En contraste con los antiguos y auténticos documentos y monumentos, es inútil buscar mentes verdaderamente heroicas en la mayor parte de los textos clásicos. La opinión tradicional sustentada por Confucio es que la cautela constituye la mejor parte del valor y que al hombre prudente no le aprovecha arriesgar su vida de modo inadecuado. Este espíritu se vio muy ensalzado con la profunda pacificación del país, sobre todo después del dominio de los mongoles. El Imperio se convirtió en un imperio de paz. Según Mencio, no existían guerras «justas» dentro de las fronteras del Imperio, puesto que éste era considerado una sola unidad. El ejército había llegado a ser finalmente muy reducido, en relación con las dimensiones del Imperio. Una vez separada la instrucción de los literatos y la de los caballeros, los emperadores conservaron los torneos deportivos y literarios y otorgaron certificados militares,<sup>17</sup> además de celebrar exámenes estatales para los literatos. No obstante, durante largo tiempo, la obtención de esos certificados militares tuvo muy poca relación con una verdadera carrera en el ejército.<sup>18</sup> Y subsistió el hecho de que los militares fueron tan despreciados en

China como lo serían durante doscientos años en Inglaterra y que un hombre de letras cultivado no establecería relaciones sociales en plano de igualdad con los oficiales del ejército.<sup>19</sup>

## 2. Evolución del sistema de exámenes

Durante el período de la monarquía central, los mandarines pasaron a ser un grupo de status de aspirantes a cargos prebendarios titulados. Entre ellos se reclutaban todas las categorías de funcionarios públicos chinos y sus calificaciones para el ejercicio del cargo y para la atribución de rango dependieron del número de exámenes aprobados.

Esos exámenes consistían en tres títulos principales,<sup>20</sup> considerablemente aumentados por exámenes intermedios, repetitivos y preliminares, así como por numerosas condiciones especiales. Sólo para el primer título existían diez tipos de examen. A un extraño de rango desconocido se le solía preguntar cuántos exámenes había pasado. Por tanto, pese al culto a los antepasados, lo decisivo para el rango social no era el número de antepasados con que se contaba. Sucedió exactamente lo contrario: el permiso de acceso al templo ancestral (o a una mera lista de antepasados, como sucedía en el caso de los analfabetos) dependía del rango oficial. El rango oficial determinaba el número de antepasados que a cada uno le estaba permitido mencionar.<sup>21</sup> Incluso el rango que ocupaba el dios de una ciudad en el Panteón dependía del rango del mandarín de aquélla.

En el período confuciano (siglos VI al V a. J.C.), aún se desconocía la posibilidad de acceso a cargos oficiales, así como el sistema de exámenes. Al parecer, al menos en los estados feudales, el poder estuvo, en general, en manos de las «grandes familias». Sólo con la dinastía Han —establecida por un advenedizo— adquirió categoría de principio la concesión de cargos públicos de acuerdo con consideraciones de mérito. Y hasta la dinastía Tang, en el año 690 d. J.C., no se establecieron regulaciones para el título supremo. Como ya hemos

dicho, es muy probable que, al principio, la educación literaria, con algunas posibles excepciones, estuviese monopolizada de hecho, y tal vez incluso legalmente, por las «grandes familias», del mismo modo como estuvo monopolizada la educación védica en la India. Siempre subsistieron vestigios de ello. Los miembros de la estirpe imperial, aunque no estaban exentos de todos los exámenes, no debían examinarse para el primer título. Y los depositarios que hasta hace poco debía nombrar todo candidato a examinarse, debían testificar sobre los «buenos antecedentes familiares» del candidato. En tiempos modernos, este testimonio sólo ha supuesto la exclusión de barberos, mayordomos, músicos, porteros, porteadores y otros. Sin embargo, paralelamente a esta exclusión, existía la institución de «candidatos para el mandarínazgo», esto es, los descendientes de los mandarines gozaban de una posición especial y preferente al establecerse el cupo máximo de candidatos a examen procedentes de cada provincia. Las listas de promoción empleaban la fórmula oficial «de una familia de mandarines y del pueblo». Los hijos de funcionarios meritorios recibían el título inferior con carácter honorífico. Todo lo cual representaba reminiscencias de antiguas condiciones.

El sistema de exámenes ha existido en todos sus detalles desde finales del siglo VII. Este sistema fue uno de los medios empleados por el gobernante patrimonial para impedir la formación de un estamento cerrado que hubiese monopolizado los derechos a cargos prebendarios, al estilo de los vasallos y nobles funcionarios feudales. Los primeros indicios del sistema de exámenes surgen, *aparentemente*, hacia la época de Confucio (y Huang K'an) en el subestado de Chin, una localidad que más tarde sería autocrática. La selección de candidatos venía determinada esencialmente por el mérito militar. Sin embargo, incluso los *Li Chi* y *Chou Li*<sup>22</sup> exigen, de modo bastante racionalista, que sus funcionarios inferiores sean examinados periódicamente por los jefes de distrito a fin de que éstos puedan comprobar su moral y proponer luego al emperador aquellos que debieran ser promovidos. En el estado unificado de los emperadores Han, la

selección de funcionarios comenzó a estar orientada por el pacifismo. El poder de los literatos se consolidó de modo fabuloso una vez lograron elevar al trono al correcto Kuang Wu, en el año 21 d. J.C., y mantenerlo frente al «usurpador» popular Wang Mang. Los literatos se convirtieron en un grupo de *status* unificado en el curso de la lucha por las prebendas, que enardeció el período siguiente y que estudiaremos más adelante.

Hoy en día, la dinastía Tang aún irradia la gloria de haber sido la verdadera creadora de la grandeza y la cultura de China. La dinastía Tang reguló, por primera vez, la posición de los literatos y estableció colegios para su educación (en el siglo VII). También creó el *Han lin yuan*, la llamada «academia», la cual editó primero los *Anales*, a fin de adquirir precedentes, y luego pasó a controlar la correcta actitud del emperador. Finalmente, en el siglo XIV, después de los avatares mongoles, la dinastía nacional Ming decretó estatutos que fueron definitivos, en lo esencial.<sup>23</sup> En cada pueblo se establecieron escuelas, una para cada veinticinco familias. Puesto que estas escuelas no estaban subvencionadas, el decreto quedó en letra muerta —o más bien, adquirieron control sobre ellas los poderes ya señalados. Los funcionarios seleccionaban a los mejores alumnos e inscribían un número determinado de éstos en los colegios. En general, estos colegios están en decadencia, aunque han sido refundados en parte. En 1382, se reservaron prebendas, bajo forma de rentas de arroz, para los «estudiantes». En 1393, quedó fijado el número de estudiantes. A partir de 1370, sólo las personas tituladas podían aspirar a cargos públicos.

Inmediatamente surgió una lucha entre las diversas regiones, sobre todo entre el norte y el sur. Ya entonces, el sur presentaba a los exámenes candidatos de mayor cultura, por contar con la experiencia de un medio ambiente más completo. Pero el norte era la piedra de toque militar del Imperio. En consecuencia, el emperador intervino y castigó (!) a los examinadores que habían concedido el «primer puesto» a un candidato del sur. Se establecieron listas separadas para el norte y el sur, y además se inició inmediatamente una

lucha por el patrocinio de cargos. En 1387 ya se celebraban exámenes especiales para los hijos de oficiales. Los oficiales y funcionarios fueron emperados más lejos y solicitaron el derecho de designar a sus sucesores, lo que equivalía a una demanda de refeudalización. Ésta fue concedida en 1393, pero por último sólo en forma modificada. Los candidatos presentados recibían trato preferente para el ingreso en los colegios y les estaban reservadas ciertas prebendas: en 1465 para tres hijos, en 1482 para un hijo. En 1453 encontramos compras de plazas en los colegios, y en 1454 la compra de cargos. Como sucede siempre, estos hechos aparecieron, en el siglo XV, debido a la necesidad de obtener fondos militares. Estas medidas fueron abolidas en 1492, pero se reintrodujeron en 1529.

Los departamentos también lucharon entre sí. A partir del año 736, el Comité de Ritos se encargó de los exámenes, pero el Comité de Cargos Públicos nombraba a los funcionarios. No era raro que este último departamento boicotease a los candidatos examinados, a lo cual el primero respondía declarando la huelga durante los exámenes. El ministro de Ritos, desde un punto de vista formal, y el ministro de Cargos (el mayordomo), de hecho, acabaron por ser los hombres más poderosos de China. Después pasaron a ocupar los cargos comerciantes que se esperaba fuesen menos «avaros».<sup>24</sup> Desde luego, esta esperanza era totalmente injustificada. Los manchúes favorecieron las antiguas tradiciones, por tanto los literatos, y, en la medida de lo posible, la «pureza» en la distribución de cargos. Pero entonces, como antes, existieron tres vías paralelas de acceso a un cargo: (1) favores imperiales para los hijos de las familias «principescas» (privilegios de examen); (2) exámenes fáciles (oficialmente, cada tres o seis años) para los funcionarios inferiores, bajo la supervisión de los funcionarios superiores que controlaban el patrocinio; inevitablemente, ello cada vez tenía como consecuencia una promoción a posiciones superiores; (3) la única vía legal: calificación efectiva y exclusiva a través de exámenes.

En general, el sistema de exámenes realmente ha cumpli-

do las funciones que le fueron atribuidas por el emperador. Ocasionalmente (en 1372), se sugirió al emperador —ya podemos imaginar quién lo hizo— que llegase a la conclusión que se desprende del carisma de virtudes ortodoxas, aboliendo los exámenes, puesto que sólo la virtud legítima y califica. Pronto se abandonó esta conclusión, de modo muy comprensible. En efecto, a fin de cuentas, ambas partes, emperador y graduados, estaban interesados en el sistema de exámenes, o al menos así lo creían. Desde el punto de vista del emperador, el sistema de exámenes desempeñaba el mismo papel que el *mjestnitshestvo*, un medio técnicamente heterogéneo, del despotismo ruso respecto a la nobleza rusa. El sistema facilitó una lucha competitiva por las prebendas y cargos entre los candidatos, lo cual les impidió unirse para formar una nobleza feudal de funcionarios. Todos los que demostraban estar educacionalmente calificados tenían acceso al grupo de candidatos. El sistema de exámenes cumplía, por tanto, su finalidad.

### 3. Posición tipológica de la educación confuciana

Discutiremos ahora la posición que ocupa este sistema educacional entre los grandes tipos de educación. Desde luego, no podemos proporcionar aquí, al pasar, una tipología sociológica de los objetivos y medios pedagógicos, pero tal vez no estén de más algunos comentarios.

Históricamente, los polos opuestos del campo de los objetivos educacionales son: estimular el carisma, esto es, cualidades heroicas o dotes mágicas; y proporcionar una instrucción experta especializada. El primer tipo corresponde a la estructura carismática de dominación; el segundo corresponde a la estructura de dominación *racional* y burocrática (moderna). Estos tipos no se contraponen sin que existan relaciones o transiciones entre ambos. El héroe guerrero o el brujo precisan también una instrucción especial, y el funcionario experto en general no ha sido instruido con el exclusivo propósito de proporcionarle conocimientos. No obs-

tante, representan los polos opuestos de los tipos de educación y forman los contrastes más radicales. Entre ambos se encuentran todos aquellos tipos que tienen por objeto cultivar al alumno para una *conducta de vida*, ya sea de carácter mundano o religioso. En uno y otro caso, se trata de la conducta propia de un grupo de status.

El procedimiento carismático del antiguo ascetismo mágico y las pruebas de heroicidad, impuestas a los muchachos por hechiceros y héroes guerreros, intentaron ayudar al novicio a adquirir un «alma nueva», en el sentido animista, y, por tanto, a renacer. En nuestros términos, ello significa que sólo deseaban *despertar* y poner a prueba una capacidad, considerada como un don de gracia puramente personal. En efecto, el carisma no se puede enseñar ni adquirir por instrucción. O bien existe *in nuce*, o se infiltra a través de un milagro de renacimiento mágico —de lo contrario es imposible conseguirlo.

La educación especializada y experta intenta *instruir* al alumno para que adquiriera una utilidad práctica con fines administrativos —en la organización de las autoridades públicas, oficinas comerciales, talleres, laboratorios científicos o industriales, ejércitos disciplinados. En principio, puede impartirse esta instrucción a todo el mundo, aunque en grado variable.

Por último, la pedagogía cultivada intenta *educar* un tipo de hombre cultivado, cuyo carácter depende del ideal de cultura correspondiente al estrato decisivo. Y ello significa educar a una persona para determinada actitud interna y externa en la vida. En principio, puede darse esta educación a cualquiera, sólo difiere el objetivo. Si el grupo de status decisivo está formado por un estrato separado de guerreros —como en Japón—, la educación tendrá por objeto convertir al alumno en un caballero y cortesano estilizado, que despreciará a los hombres de letras, tal como los han despreciado los samurais japoneses. El estrato puede presentar grandes variaciones de tipo, en casos particulares. Si es decisivo un estrato sacerdotal, éste intentará convertir al discípulo en un escriba, o al menos en un intelectual, también de carác-

ter muy variable. En realidad, ninguno de estos tipos se presenta jamás en forma pura. Es imposible discutir en este contexto las numerosas combinaciones y eslabones intermedios. Lo importante aquí es definir la posición de la educación china en términos de estas formas.

Durante largo tiempo, restos de la primitiva educación carismática para la regeneración, el nombre de leche, los ya discutidos ritos de iniciación de la juventud, el cambio de nombre del esposo, y otros, fueron en China una fórmula (al estilo de la confirmación protestante) paralela a las pruebas de calificación educacional. Estas pruebas estuvieron monopolizadas por las autoridades políticas. No obstante, por los medios educacionales empleados, la calificación educacional fue una calificación «cultural», en el sentido de una educación general. Tuvo un carácter similar, aunque mucho más específico, al de la calificación educacional del *humanista* occidental, por ejemplo.

En Alemania, hasta hace poco y de modo casi exclusivo, este tipo de educación fue un prerrequisito para dedicarse a la carrera oficial, que permite ocupar posiciones de mando dentro de la administración civil y militar. Al mismo tiempo, esta educación *humanista* ha determinado que los alumnos preparados para estas carreras perteneciesen socialmente al grupo de *status culto*. Sin embargo, en Alemania —y ello representa una diferencia muy importante entre China y Occidente— esta calificación educacional de *status* se ha completado con, y en parte ha quedado desplazada por, una instrucción *experta* racional y especializada.

Los exámenes chinos no comprobaban ninguna habilidad especial, como sucede con nuestros exámenes burocráticos y racionales modernos para juristas, médicos o técnicos. Los exámenes chinos tampoco ponían a prueba la posesión de carisma, tal como sucede en las típicas «pruebas» de los hechiceros y las ligas de solteros. Desde luego, esta afirmación debe ser matizada de la forma que ahora veremos; sin embargo es válida, al menos por lo que a la técnica de los exámenes se refiere.

En China, los exámenes comprobaban si la mente del

candidato estaba bien empapada de literatura y si éste poseía un *modo de pensar* adecuado para un hombre culto y derivado del cultivo de la literatura. Estas calificaciones tenían un significado mucho más específico en China que en el caso del colegio humanista alemán. Actualmente, se suele justificar el colegio humanista citando el valor práctico de una educación formal por medio del estudio de la Antigüedad. Según puede deducirse de los trabajos<sup>25</sup> exigidos en China a los discípulos de los grados inferiores, éstos eran bastante semejantes a los temas de disertación exigidos en Alemania a los cursos superiores de un instituto, o más bien, a la clase selecta de un colegio femenino. Todos los títulos estaban destinados a representar una prueba de caligrafía, estilo, dominio de los textos clásicos<sup>26</sup> y, por último —de modo semejante a nuestras lecciones de religión, historia y alemán—, una prueba de conformidad con las orientaciones mentales prescritas.<sup>27</sup> Es decisivo en este contexto el hecho de que esta educación tuvo, por una parte, un carácter puramente secular, en tanto que estuvo vinculada, por otra, a la norma de interpretación ortodoxa de los autores clásicos establecida. Se trató de una educación literaria muy exclusiva y pedante.

En la India, el judaísmo, la Cristiandad y el Islam, el carácter literario de la educación fue consecuencia del hecho de hallarse completamente en manos de brahmanes y rabinos instruidos en la literatura, o de sacerdotes y monjes de religiones textuales, profesionalmente instruidos en la literatura. Mientras la educación fue helénica y no «helenista», el hombre culto helénico fue, y siguió siendo, ante todo un efebo y un hoplita. Las consecuencias de ello quedaron particularmente en evidencia en la conversación del Symposium, donde se comenta que el Sócrates de Platón jamás «se amilanó» ante una batalla, por emplear una expresión estudiantil. Evidentemente, esta afirmación por parte de Platón tiene al menos tanta importancia como todo lo demás que hace decir a Alcibiades.

La educación militar del caballero, durante la Edad Media, y más tarde la educación gentil del salón renacentista, pro-

porcionaron un suplemento equivalente, aunque socialmente distinto, a la educación transmitida a través de libros, sacerdotes y monjes. En el judaísmo y en China, no existió esta contrapartida, en parte de modo absoluto, y en parte porque fue como si no existiera. En la India, al igual que en China, los medios literarios de educación consistían substancialmente en himnos, relatos épicos y casuística ritual y ceremonial. Sin embargo, en la India, todo ello se apuntalaba con especulaciones cosmogónicas, así como religiosas y filosóficas. Estas especulaciones no faltaron por completo en comentarios transmitidos y en los clásicos chinos, pero es evidente que siempre desempeñaron sólo un papel muy secundario. Los autores chinos desarrollaron sistemas racionales de ética social. En China, el estrato educado nunca ha sido simplemente un grupo de status de sabios autónomos, como fueron los brahmanes; sino más bien un estrato de funcionarios y aspirantes a cargos públicos.

La educación superior china no presentó siempre el carácter que tiene en la actualidad. Las instituciones educacionales públicas (*Pan Kung*) de los príncipes feudales enseñaban las artes de la danza y de las armas además de impartir conocimientos sobre los ritos y la literatura. Sólo la pacificación del Imperio, convertido en un estado patrimonial y unificado, y por último el sistema puro de exámenes para acceder a los cargos públicos, convirtieron esa antigua educación, mucho más parecida a la primitiva educación helénica, en la que ha subsistido hasta el siglo XX. La educación medieval, tal como aparece en el bien fundado y ortodoxo *Siao-Hio*, esto es, «libro de texto», aún daba considerable importancia a la danza y a la música. Desde luego, parece ser que la antigua danza guerrera sólo existió en forma rudimentaria, pero, con esta salvedad, los niños aprendían determinadas danzas, de acuerdo con su grupo de edad. Ello tenía por objeto el control de las malas pasiones. Cuando un niño no progresaba en su instrucción, se le dejaba bailar y cantar. La música perfecciona al hombre y los ritos y la música constituyen la base del autocontrol.<sup>28</sup> Un aspecto primario de todo ello fue la significación mágica atribuida a la música. «La

música correcta» —esto es, la música empleada de acuerdo con las antiguas normas y estrictamente adaptada a la antigua métrica— «mantiene encadenados los espíritus».<sup>29</sup> En la Edad Media, la ballestería y las cuádrigas aún eran consideradas temas educacionales generales para los hijos de los gentiles.<sup>30</sup> Pero, en lo esencial, todo era mera teoría. El libro de texto nos revela que, a partir de los siete años, la educación doméstica presentaba una estricta separación entre los sexos; esencialmente, se trataba de inculcar un ceremonial, en sentido mucho más amplio que cualquier concepción occidental del mismo, sobre todo un ceremonial de piedad y respeto hacia los padres y todos los superiores y personas de mayor edad en general. Aparte de ello, el libro de texto consistía exclusivamente en normas de autocontrol.

Esta educación doméstica se complementaba con una instrucción escolar. En cada *Hsien* debía existir una escuela graduada. La educación superior suponía la aprobación del primer examen de ingreso. Dos cosas fueron, por tanto, peculiares de la educación superior china. En primer lugar, ésta fue totalmente no militar y puramente literaria, como lo han sido todas las educaciones establecidas por sacerdotes. En segundo lugar, se llevó al extremo su carácter literario, esto es, su carácter *escrito*. En parte, ello parece haber sido consecuencia de la peculiaridad de la escritura china y del arte literario de ésta derivado.<sup>31</sup>

Puesto que la escritura conservó su carácter pictórico y no fue racionalizada en una forma alfabética, como las creadas por los pueblos comerciantes del Mediterráneo, el producto literario iba dirigido a la vista y el oído a la vez, y esencialmente más a la primera. Toda «lectura en voz alta» de los textos clásicos constituía de por sí una traducción de la escritura pictórica a la palabra (no escrita). Por naturaleza, el carácter visual estuvo muy apartado de la palabra hablada, sobre todo en el caso de la escritura antigua. El lenguaje monosilábico requiere una percepción tonal, así como la percepción del sonido emitido. Con su sobria brevedad y su lógica sintáctica obligatoria, presenta un contraste extremo con el carácter puramente visual de la escritura. Pero, pese a

ello, o más bien —tal como ha demostrado ingeniosamente Grube— debido en parte a las propias cualidades racionales de su estructura, la lengua china se ha mostrado incapaz de prestar sus servicios a la poesía o al pensamiento sistemático. Tampoco pudo ser útil al desarrollo de las artes oratorias, como sucedió con las estructuras de las lenguas helénicas, latina, francesa, alemana y rusa, cada una a su manera. Los símbolos escritos fueron siempre mucho más abundantes que las palabras monosilábicas, cuyo número se veía inevitablemente bastante limitado. En consecuencia, el pobre intelectualismo formalista de la palabra hablada perdió toda fantasía y ardor frente a la serena belleza de los símbolos escritos. El habitual discurso poético se pronunciaba subordinándolo fundamentalmente a la escritura. Escribir y leer, y no hablar, era lo que tenía valor artístico y era considerado digno de un caballero, pues con ello se mostraba receptividad hacia los refinados productos de la escritura. La conversión fue realmente un asunto de plebeyos. Ello revela un agudo contraste con el helenismo, para el cual la conversación lo fue todo y una traducción al estilo del diálogo fue la forma adecuada para toda experiencia y contemplación. En China, los productos más perfectos y refinados de la cultura literaria languidecieron, por decirlo así, sordos y mudos en su esplendor de seda. Fueron mucho más apreciados que el arte dramático, el cual floreció, de modo característico, durante el período de los mongoles.

Entre los famosos filósofos sociales, Meng Tse (Mencio) empleó la forma de diálogo de modo sistemático. Precisamente a ello se debe que le consideremos fácilmente como el único representante del confucianismo, que maduró hasta alcanzar plena «lucidez». El poderoso impacto que han tenido sobre nosotros los «Analectos confucianos» (como les llamó Legge) se basa también en el hecho de que en China (como en todas partes) la doctrina reviste la forma (probablemente auténtica, en parte) de respuestas sentenciosas del maestro a preguntas formuladas por los discípulos. En consecuencia, para nosotros, queda trasvasada a la forma de discurso. Además, la literatura épica contiene las arengas de

los antiguos reyes guerreros a su ejército; éstas resultan muy impresionantes con su vigor lapidario. Una parte de los *Analectos* didácticos está formada por discursos, cuyo carácter corresponde a «alocuciones» pontificales. Fuera de ello, el lenguaje hablado no interviene en la literatura oficial. Su falta de desarrollo ha venido determinada, según veremos ahora, por motivos sociales y políticos a la vez.

Pese a las cualidades lógicas del lenguaje, el pensamiento chino se quedó bastante encallado en lo pictórico y lo descriptivo. El poder del *logos*, de la definición y del razonamiento, no ha sido accesible a los chinos. Sin embargo, por otra parte, esta educación puramente gráfica separó el pensamiento del gesto y del movimiento expresivo, más aún de lo que es habitual en el caso del carácter literario de una educación cualquiera. Antes de ser iniciado en su significado, el alumno pasaba dos años aprendiendo meramente a pintar unos 2.000 caracteres. Además, los examinadores prestaban atención al estilo, al arte de la versificación, a un firme dominio de los clásicos y, por último, a la mentalidad expresada por el candidato.

La ausencia de toda instrucción en el cálculo, incluso en las escuelas graduadas, constituye un rasgo muy sorprendente de la educación china. No obstante, la *idea* de números posicionales fue desarrollada<sup>32</sup> durante el siglo VI a. J.C., esto es, durante el período de los estados guerreros. Una actitud calculadora en las relaciones comerciales ha impregnado todos los estratos de la población, y los balances de las oficinas administrativas fueron tan detallados como difíciles de comprobar, por los motivos ya citados. El libro de texto medieval (*Siao-Hio I*, 29) cita el cálculo como una de las seis «artes». Y, en época de los estados guerreros, existieron unas matemáticas que, según se dice, incluían la trigonometría, así como la regla de tres y cálculo comercial. Presumiblemente, esta literatura, excepto algunos fragmentos, se perdió en la quema de los libros de Shi-Hwang-Ti.<sup>33</sup> En todo caso, en la pedagogía posterior ni siquiera se menciona el cálculo. Y, en el curso de la historia, el cálculo fue perdiendo constantemente importancia en la educación de los man-

darines gentiles, hasta desaparecer por completo. Los comerciantes educados aprendían cálculo en sus negocios. Después de la unificación del Imperio y de la debilitación de la tendencia hacia una administración racional del Estado, el mandarín se convirtió en un hombre de letras gentil, poco inclinado a ocuparse del «σχολή» del cálculo.

El carácter mundano de esta educación contrasta con otros sistemas educacionales, que se hallan empero relacionados con ésta por su aspecto literario. En China, los exámenes literarios fueron asuntos puramente políticos. La instrucción era impartida, en parte, por tutores individuales y privados, y en parte por el personal docente de instituciones escolares. Pero ningún sacerdote formaba parte de éste.

Las universidades cristianas de la Edad Media nacieron de la necesidad práctica e ideal de una doctrina legal racional, mundana y eclesiástica, y de una teología racional (dialéctica). Las universidades del Islam practicaron la jurisprudencia sagrada y la doctrina de la fe, siguiendo el modelo de las últimas escuelas de derecho romanas y de la teología cristiana; las escuelas de filósofos de los brahmanes se dedicaron a la filosofía especulativa, al ritual y al derecho sagrado. En todos estos casos, el cuerpo docente estuvo formado exclusivamente por dignatarios eclesiásticos o teólogos, o éstos constituyeron al menos su núcleo básico. A este núcleo se agregaron profesores mundanos, a quienes se confiaron las otras ramas de estudio. En la Cristiandad, en el Islam y en el hinduismo, el objetivo a conseguir fueron las prebendas, y con este fin se deseaba obtener certificados educacionales. Desde luego, el aspirante deseaba calificarse, además, para el ejercicio de la actividad ritual y la cura de almas. Para los antiguos maestros judíos (precursores de los rabinos), que trabajaban «gratis», el objetivo era únicamente calificarse para impartir una instrucción jurídica a los laicos, pues ésta era religiosamente indispensable. Pero, en todos estos casos, la educación siempre estaba regulada por las escrituras sagradas o cúllicas. Sólo las escuelas de filósofos helénicas se ocuparon de una educación exclusivamente para laicos y completamente desvinculada de las escrituras y de

todo interés directo por la obtención de prebendas, y dedicada exclusivamente a la educación de «gentlemen» helénicos (*Caloicagathoi*).

La educación china favorecía el interés por las prebendas y estaba vinculada a una escritura, pero al mismo tiempo era una educación puramente laica, de carácter en parte ritualista y ceremonial, y en parte tradicionalista y ético. Las escuelas no se interesaban por las matemáticas, ni las ciencias naturales, tampoco por la geografía ni la gramática. La misma filosofía china no poseía un carácter especulativo, sistemático, a semejanza del que poseyó la filosofía helénica y al que presentó, en parte y en sentido distinto, la educación teológica india y occidental. La filosofía china tampoco tuvo un carácter racional formalista, a semejanza del que presenta la jurisprudencia occidental. Ni un carácter empírico casuístico, a semejanza de la filosofía rabínica, la islámica y, en parte, la india. La filosofía china no engendró un escolasticismo, ya que no se dedicó profesionalmente a la lógica, a diferencia de las filosofías de Occidente y del Oriente Medio, las cuales se hallaban basadas en el pensamiento helenístico. El propio concepto de lógica fue completamente ajeno a la filosofía china, la cual se hallaba ligada a la escritura, no era dialéctica y siempre se orientó hacia problemas puramente prácticos, así como hacia los intereses de status de la burocracia patrimonial.

Ello significa que los problemas que han sido fundamentales para toda la filosofía occidental siempre fueron desconocidos para la filosofía china, un hecho que queda de relieve en el modo de pensamiento categórico de todos los filósofos chinos y, sobre todo, en Confucio. Con sumo positivismo práctico, los instrumentos intelectuales conservaron la forma de parábolas, que recuerdan más bien el modo de expresión de los caudillos indios y no el de un argumento racional. Ello puede aplicarse precisamente a algunas de las declaraciones realmente ingeniosas atribuidas a Confucio. Resulta palpable la carencia de lenguaje hablado, esto es, del discurso como medio racional para la obtención de efectos políticos y forenses, de la oratoria tal como fue cultivada en la

*polis* helénica. Dicha oratoria no podía desarrollarse en un estado patrimonial burocrático sin una justicia formalizada. En parte, la justicia china siempre se quedó en un procedimiento sumario de la Cámara de Astrólogos (de los altos funcionarios) y, en parte, se basó únicamente en documentos. No existieron causas orales, sólo peticiones escritas y testimonios orales de las partes afectadas. A la burocracia china le interesaba el decoro convencional y estos condicionamientos prevalecieron y también contribuyeron a obstaculizar la oratoria forense. La burocracia rechazó la argumentación de problemas especulativos «definitivos» por considerarla estéril desde un punto de vista práctico. Estos argumentos fueron tachados de incorrectos por la burocracia, y ésta los rechazó por considerarlos demasiado delicados para la propia posición, debido al peligro de que se introdujesen innovaciones.

Si bien la técnica y la substancia de los exámenes poseyeron un carácter puramente mundano y representaron una especie de «examen cultural para los literatos», su imagen popular fue muy distinta: les prestó un significado mágico carismático. Para las masas chinas, un candidato que había pasado con éxito sus exámenes no era en modo alguno un mero futuro funcionario calificado por sus conocimientos. Era el probado depositario de cualidades mágicas, las cuales, según veremos, se atribuían al mandarín titulado en el mismo concepto en que se atribuyen al sacerdote examinado y ordenado de una institución de gracia eclesiástica, o a un hechicero sometido a prueba y aceptado por su gremio.<sup>34</sup>

La posición de un funcionario y de un candidato que había pasado con éxito sus exámenes correspondió en aspectos importantes a la de un capellán católico, por ejemplo. Para el discípulo, haber completado su período de instrucción y sus exámenes no suponía la conclusión de su inmadurez. Una vez aprobado el «bachillerato», el candidato era sometido a la disciplina del director de la escuela y los examinadores. En caso de mala conducta, se borraba su nombre de las listas. En determinadas condiciones recibía palmetazos. No era raro que los candidatos cayeran gravemente enfermos o

incluso se suicidasen en las reclusas celdas de examen de las localidades. De acuerdo con la interpretación carismática de los exámenes como «pruebas» mágicas, estos hechos se consideraban prueba de la perversa conducta de la persona en cuestión. El candidato permanecía toda su vida bajo el control de la escuela, incluso una vez aprobados felizmente los exámenes para el título superior, con su rigurosa reclusión, y después de pasar a ocupar, por fin, un cargo público correspondiente al número y nivel de los exámenes aprobados, y subordinado a las recomendaciones de cada cual. Y, además de estar bajo la autoridad de sus superiores, era sometido a constante vigilancia y críticas por parte de los censores. Esta crítica alcanzaba incluso la corrección ritualista del propio Hijo del Cielo. La denuncia de los funcionarios<sup>35</sup> fue implantada desde tiempos muy antiguos y se le atribuía un mérito parecido al de la confesión católica de pecados. Periódicamente, en general cada tres años, se publicaba en la *Gaceta Imperial*<sup>36</sup> su boletín de conducta, esto es, una lista de sus méritos y defectos determinados por las investigaciones oficiales de los censores y por sus superiores. De las valoraciones publicadas dependía que se le permitiese conservar su cargo, se le promoviese o se le degradase.<sup>37</sup> En general, el resultado de estos boletines de conducta no venía determinado sólo por factores objetivos. Lo importante era el «espíritu», y este espíritu consistía en un penalismo vitalicio en manos de la autoridad oficial.

#### 4. *Honor de status de los literatos*

Como grupo de status, los literatos gozaban de privilegios, incluso cuando sólo se habían examinado pero aún no tenían empleo. Una vez reforzada su posición, los literatos recibían *privilegios de status*. Entre éstos, los más importantes fueron: primero, exención de la *sordida munera*, la *corvée*; segundo, exención del castigo corporal; tercero, prebendas (estipendios). Durante largo tiempo, se redujo mucho la importancia de este tercer privilegio, debido a la situación

financiera del Estado. Los *Seng* (bachilleres) seguían recibiendo estipendios de 10,00 dólares al año, bajo condición de someterse cada tres o seis años a los exámenes del *Chu jen* o Maestro. Pero, naturalmente, ello no era algo decisivo. Según hemos visto, los costes de la educación y de los períodos de paga nominal correspondían de hecho a la familia. Ésta esperaba recuperar sus gastos cuando su miembro ingresase por fin en la seguridad de un cargo. Los dos primeros privilegios siempre tuvieron importancia; en efecto, la *corvé* siguió en vigor, aunque en grado decreciente. La vara, en cambio, continuó siendo el medio nacional de castigo. Su uso se iniciaba en la terrible pedagogía de castigo corporal de las escuelas elementales chinas. Se dice que su carácter único consistió en las siguientes características, que recuerdan nuestra Edad Media, pero que evidentemente se desarrollaron hasta extremos aún mayores.<sup>38</sup> Los jefes de las familias o de los pueblos compilaban las «tarjetas rojas», esto es, la lista de alumnos (*Kuan-tan*). Después contrataban, por cierto período, un maestro procedente de las filas del excedente de literatos sin cargo, que siempre los había. El templo ancestral (u otras habitaciones desocupadas) fue el aula favorita. De la mañana a la noche se oía gritar a coro los «versos» escritos. El alumno pasaba el día entero en un estado de aturdimiento mental, para el cual existe un carácter chino, cuyas partes componentes representan un cerdo en la maleza (*meng*). El estudiante y el graduado eran golpeados en la palma de la mano y no ya en aquella parte considerada, en la terminología de las madres alemanas a la antigua usanza, «expresamente preparada por Dios».

Los graduados de alto rango estaban totalmente exentos de este castigo, mientras no fuesen degradados. Y en la Edad Media quedó firmemente establecida la exención de la *corvé*. Sin embargo, a pesar y también a causa de estos privilegios, fue imposible desarrollar ideas feudales de honor basadas en éstos. Además, como ya se ha comentado, estos privilegios eran precarios, puesto que quedaban suprimidos de inmediato en caso de degradación, lo cual era frecuente. Fue imposible que se desarrollase un honor feudal sobre la

base de certificados de examen como calificación de status, posibles degradaciones, castigos corporales durante la juventud, y casos frecuentes de degradación incluso en la vejez. Pero, en el pasado, estas nociones feudales de honor *habían* dominado la vida china con gran intensidad.

Los antiguos *Anales* ensalzan la «sinceridad» y la «lealtad» como virtudes cardinales.<sup>39</sup> «Morir con honor» era el antiguo lema. «Ser desgraciado y no saber morir es muestra de cobardía.» Ello se refería sobre todo al funcionario que no luchaba «hasta la muerte».<sup>40</sup> El suicidio era un tipo de muerte valorada como *privilegio* por el general que había perdido una batalla. Permitirle cometer suicidio equivalía a renunciar al derecho a castigarle y, por tanto, era objeto de titubeos.<sup>41</sup> La idea patriarcal del *hiao* modificó el significado de los conceptos feudales. El *hiao* representaba el deber de sufrir calumnias, e incluso aceptar la muerte como consecuencia de éstas, si ello servía al honor del señor. Un servicio leal podía, y en general debía, compensar *todos* los errores del señor. El *kotow* respecto al padre, al hermano mayor, al acreedor, al funcionario y al emperador ciertamente no denotaba la existencia de un honor *feudal*. En cambio, hubiese sido completamente inaceptable que un chino correcto se arrodillase ante su amada. Todo ello era exactamente lo contrario de lo que sucedía en el caso de los caballeros y *cortegiani* de Occidente.

El honor del funcionario conservó en gran medida un elemento del honor estudiantil, regulado por resultados de examen y censuras públicas de los superiores. Ello seguía ocurriendo incluso una vez aprobado el examen máximo. En cierto sentido, lo mismo se aplica a toda burocracia (al menos en sus grados inferiores; y en Württemberg, con su famoso «Grade A. Fischer», incluso en los cargos más elevados); pero en China tuvo un alcance distinto.

## 5. El ideal del caballero

El peculiar espíritu de los letrados, cultivado por el sistema de exámenes, estuvo íntimamente vinculado a los presupuestos básicos de que derivaron las teorías chinas ortodoxas y también, dicho sea de paso, casi todas las heterodoxas. El dualismo del *shen* y *kwei*, de los espíritus buenos y malos, de la substancia celestial *yang* contrapuesta a la substancia terrenal *yin*, y también en el alma del individuo, convirtieron necesariamente en tarea exclusiva de la educación, incluida la autoeducación, el desarrollo de la substancia *yang* en el espíritu del hombre.<sup>42</sup> En efecto, el hombre cuya substancia *yang* ha triunfado por completo sobre los demoníacos poderes del *kwei* anidados en él también ejerce poder sobre los espíritus; esto es, según la antigua noción, ha adquirido un poder mágico. No obstante, los buenos espíritus son aquellos que protegen el orden y la belleza y la armonía del mundo. Alcanzar la perfección personal y lograr reflejar, por tanto, esta armonía constituye el medio supremo y único de conseguir dicho poder. Durante la época de los literatos, el *Kiün-tse*, «hombre regio» y antaño el «héroe», fue una persona que había logrado la autoperfección total, que se había convertido en una «obra de arte» en el sentido de un canon clásico, eternamente válido, de belleza psíquica, impartida al espíritu de los discípulos por la tradición literaria. Por otra parte, al menos a partir del período Han,<sup>43</sup> entre los literatos prevaleció firmemente la convicción de que los espíritus recompensan la «beneficencia», en el sentido de excelencia social y ética. En consecuencia, la benevolencia templada por la belleza clásica (canónica) fue el objetivo de la autoperfección.

Realizaciones canónicamente perfectas y bellas constituyeron la aspiración de todo estudioso, así como la evaluación definitiva de la calificación más elevada certificada por los exámenes. En su juventud, Li Hung Chang ambicionaba convertirse en un hombre de letras perfecto,<sup>44</sup> esto es, un «poeta laureado», por haber alcanzado los títulos más elevados. Estaba orgulloso, y siempre lo estuvo, de ser un calígra-

fo dotado de gran pericia, y de ser capaz de recitar de memoria los clásicos, sobre todo «la primavera y el otoño» de Confucio. Gracias a esta habilidad, una vez demostrada, su tío le perdonó sus faltas de juventud, y le consiguió un cargo oficial. Li Hung Chang consideraba todas las otras ramas del conocimiento (el álgebra, la astronomía) como meros medios indispensables para «llegar a ser un gran poeta». La perfección clásica del poema que concibió en nombre de la emperatriz madre, como oración en el templo de la diosa tutelar de la sericultura, le permitió gozar de los favores de ésta.

Juegos de palabras, eufemismos, alusiones a citas clásicas y un refinado intelectualismo puramente literario eran considerados el nivel de conversación ideal para un gentilhomme. La política de actualidad estaba completamente excluida de dicha conversación.<sup>45</sup> Puede parecernos curioso que esta cultura de «salón» sublimada, vinculada a los clásicos; capacitase a una persona para la administración de grandes territorios. Y, de hecho, incluso en China, la administración no se llevaba a cabo sólo a base de poesía. Pero el funcionario prebendario chino demostraba su calidad de status; esto es, su carisma, por medio de la corrección canónica de sus formas literarias. En consecuencia, en las comunicaciones oficiales se dio considerable importancia a estas formas. Numerosas declaraciones importantes de los emperadores, sumos sacerdotes del arte literario, adoptaron la forma de poemas didácticos. Por otra parte, el funcionario debía demostrar su carisma en el desarrollo «armonioso» de su administración; esto es, no debían producirse perturbaciones provocadas por los espíritus inquietos de la naturaleza o de los hombres. El verdadero «trabajo» administrativo podía confiarse a funcionarios subordinados. Hemos observado que el funcionario dependía del pontífice imperial, de su academia de literatos y de su cuerpo colegiado de censores. Éstos recompensaban, castigaban, reconvenían, exhortaban, alentaban o alababan públicamente a los funcionarios.

Puesto que se publicaban los «archivos personales» y los informes, peticiones y memoriales, toda la administración y

las azarosas carreras de los funcionarios, con sus (supuestas) causas, se desarrollaban a la vista del público, mucho más de lo que sucede en el caso de nuestras administraciones sometidas a control parlamentario, un modo de administración que da enorme importancia a la conservación de «secretos oficiales». Al menos según la ficción oficial, en China, la *Gaceta* oficial era una especie de constante rendir cuentas del emperador ante el Cielo y ante sus súbditos. Esta *Gaceta* fue la expresión clásica del tipo de responsabilidad que emanaba de la calificación carismática del emperador. Por discutible que pueda haber sido en realidad la argumentación oficial y la integridad de la publicación —al fin y al cabo, lo mismo puede decirse de los comunicados de nuestra burocracia al parlamento—, el procedimiento chino tendía a abrir al menos una válvula de escape bastante poderosa, y con frecuencia eficaz, para la presión de la opinión pública en lo que a las actividades administrativas del funcionario se refería.

#### 6. *El prestigio de los funcionarios*

En China, como en todas partes, el odio y desconfianza de los súbditos, común a todos los patrimonialismos, se dirigió sobre todo contra los niveles inferiores de la jerarquía, los cuales tenían mayor contacto práctico con la población. En China, como en cualquier otro sistema patrimonial, fue característico que los súbditos evitasen de modo apolítico todo contacto no absolutamente necesario con «el Estado». Pero esta actitud apolítica no menoscabó la significación de la educación oficial para la formación del carácter del pueblo chino.

Las grandes exigencias formuladas durante el período de instrucción se debieron, en parte, a la peculiaridad de la escritura china y, en parte, a la peculiaridad del tema de estudio. Esas exigencias, así como los períodos de espera, con frecuencia bastante largos, obligaron a aquellos que no podían vivir de una fortuna propia, o de préstamos o aho-

ros familiares, como los citados más arriba, a dedicarse a todo tipo de ocupaciones prácticas, desde comerciante hasta curandero, antes de completar su carrera. En ese caso, no llegaban al estudio directo de los clásicos, sino sólo del último (sexto) libro de texto, el «texto» (*Siao Hioh*),<sup>46</sup> consagrado por los años y que contenía muchas citas de los autores clásicos. Estos círculos sólo caían fuera de la burocracia debido a esta diferencia de *nivel* de educación, y no a diferencias en el *carácter* de la misma. En efecto, existía una sola educación clásica.

El porcentaje de candidatos que no aprobaban los exámenes era sumamente elevado. La fracción de graduados de los exámenes superiores era proporcionalmente reducida debido a los cupos establecidos,<sup>47</sup> pero siempre era varias veces superior a los cargos prebendarios disponibles. Los graduados debían competir por las prebendas recurriendo a recomendaciones personales,<sup>48</sup> pagos en dinero propio, o a base de préstamos. La venta de prebendas funcionó del mismo modo que en Europa; fue un medio de obtener capital para financiar el Estado y, con gran frecuencia, sustituyó a la evaluación de méritos.<sup>49</sup> Las protestas de los reformadores contra la venta de cargos públicos persistieron hasta los últimos días del antiguo sistema, según demuestran las numerosas peticiones de este tipo publicadas en la *Gaceta de Pekín*.

Los breves períodos de servicio de los funcionarios (tres años), equivalentes a los de instituciones islámicas similares, sólo permitían el ejercicio intermitente de una influencia intensiva y racional sobre la economía, a través de la administración como tal. Ello sucedió pese a la teórica omnipotencia de la administración. Es sorprendente cuán reducido es el número de funcionarios permanentes considerado suficiente por la administración. Este número ya deja perfectamente claro que, en general, se debía haber permitido que las cosas siguiesen su curso natural, en la medida en que no afectasen los intereses del poder estatal y del erario, y en tanto las fuerzas de la tradición, las familias, pueblos, gremios y otras asociaciones ocupacionales, siguiesen siendo los normales agentes del orden.

No obstante, pese a la actitud apolítica de las masas, que acabamos de mencionar, las opiniones del estrato de aspirantes a un cargo público ejercieron una influencia muy considerable sobre el modo de vida de las clases medias. En primer lugar, y sobre todo, ello fue consecuencia de la concepción popular mágico-carismática de la calificación para el ejercicio de un cargo oficial, según quedaba probada en los exámenes. Al aprobar el examen, el graduado demostraba ser portador de *shen* en grado eminente. Los grandes mandarines eran considerados mágicamente calificados. Siempre podían pasar a ser objetos de un culto, una vez fallecidos y también en vida, a condición de que se hubiese «demostrado» su carisma. La primitiva importancia mágica de las obras escritas y de los documentos prestaron una significación apotropaica y terapéutica a sus sellos y su caligrafía, y ello podía extenderse al atavío que lucía el candidato en los exámenes. Las provincias consideraban un honor y una ventaja que uno de sus propios hijos fuese seleccionado por el emperador como el mejor graduado del nivel superior,<sup>50</sup> y todos aquellos cuyos nombres eran expuestos públicamente después de aprobados sus exámenes gozaban de «un nombre en el pueblo». Todos los gremios y otros clubs de alguna importancia tenían que contar con un hombre de letras como secretario, y estos y otros cargos parecidos se ofrecían a los graduados, para quienes faltaban cargos prebendarios. En virtud de su carisma mágico y de sus relaciones de protección, los funcionarios y los aspirantes diplomados —sobre todo cuando procedían de círculos pequeñoburgueses— pasaban a ser «directores espirituales» y consejeros de sus familias para todos los asuntos importantes. En este sentido, se asemejaron a los bracmanes (*gurus*) que realizaban la misma función en la India.

Como hemos visto, el funcionario fue el personaje que gozó de más oportunidades para acumular posesiones, junto con el proveedor del Estado y el gran comerciante. En consecuencia, la influencia económica y personal que ejerció ese estrato sobre la población, tanto fuera como dentro de sus propias familias, fue aproximadamente equivalente a la

influencia conjunta de los escribas y sacerdotes de Egipto. Sin embargo, la autoridad de los ancianos supuso un poderoso contrapeso dentro de la familia, como ya se ha señalado. Independientemente de la «valía» de los funcionarios individuales, ridiculizados con frecuencia en los dramas populares, el prestigio de esta educación literaria, como tal, estuvo profundamente enraizado en la población hasta que quedó minado por la influencia de los modernos miembros del estrato de mandarines, dotados de una educación occidental.

### 7.- Consideraciones sobre política económica

El carácter social del estrato educado determinó su postura respecto a la política económica. Según su propia leyenda, la comunidad política tuvo durante siglos un carácter que concuerda con muchos otros rasgos característicos de las estructuras burocráticas patrimoniales con un sello teocrático.

Desde luego, desde tiempos muy remotos, por los motivos citados más arriba, la verdadera política del Estado se mantuvo, repetidamente, apartada de la vida económica, al menos por lo que a la producción y la economía de beneficios se refiere. Ello sucedió en China al igual que en el antiguo Oriente, a no ser que entrasen en escena nuevos poblamientos, mejoras a través de la irrigación e intereses fiscales o militares. Pero los intereses militares y los intereses por las finanzas militares siempre provocaron intervenciones litúrgicas en la vida económica. Estas intervenciones estuvieron monopolísticas o financieramente determinadas y, con frecuencia, fueron bastante incisivas. Se trató, en parte, de regulaciones mercantilistas, y en parte, de determinaciones del carácter de las regulaciones concernientes a la estratificación por status. Este tipo de «política económica» planificada posteriormente cayó en desuso, hacia finales del militarismo nacional. El gobierno, consciente de la debilidad de su aparato administrativo, se limitó a ocuparse de las crecidas y

de la conservación de las vías fluviales, indispensables para el aprovisionamiento de arroz de las principales provincias; por lo demás, se dedicó a la política de esterilidad y consumo típicamente patrimonial. No tuvo una «política comercial» en el moderno sentido de la expresión.<sup>51</sup> Que se sepa, los peajes establecidos por los mandarines a lo largo de los canales presentaron un carácter meramente fiscal, y nunca estuvieron al servicio de una política económica. En general, el gobierno sólo persiguió intereses fiscales y mercantiles, exceptuando las situaciones de emergencia, las cuales siempre resultaban políticamente peligrosas, en vistas del carácter carismático de la autoridad. Según la información de que dispongo, los intentos más grandiosos encaminados a establecer una organización económica unificada fueron planeados por Wang An Shi, quien, en el siglo XI, intentó establecer un monopolio comercial del Estado sobre toda la cosecha. Además de ventajas fiscales, el plan pretendía promover la nivelación de precios, y estaba relacionado con una reforma de los impuestos agrarios. El intento fracasó.

Puesto que la economía quedó en gran medida abandonada a sus propios recursos, la aversión contra la «intervención estatal» en cuestiones económicas se convirtió en un sentimiento permanente y fundamental. Se dirigió particularmente contra los privilegios monopolistas,<sup>52</sup> los cuales, en forma de medidas fiscales, son habituales a todo patrimonialismo. Sin embargo, este sentimiento fue sólo una de tantas actitudes muy diversas provocadas por la convicción de que el bienestar de los súbditos dependía del carisma del gobernante. Con frecuencia, estas ideas coexistieron sin relación de continuidad con la básica aversión contra la intervención estatal, y continúa —o al menos ocasionalmente— favoreciendo un entrometimiento burocrático en todo, que también es típico del patrimonialismo. Además, lógicamente, la administración se reservaba el derecho a regular el consumo en tiempos de escasez —una política que también forma parte de la teoría del confucianismo (según se refleja) en numerosas normas especiales referentes a todo tipo de gastos. Sobre todo, existió una típica aversión contra

una diferenciación social demasiado acusada, tal como la que viene determinada de modo puramente económico a través del libre cambio en el mercado. Desde luego, esta aversión se sobreentiende en toda burocracia. La creciente estabilidad de la situación económica bajo las condiciones del gran Imperio, económicamente autosuficiente y con una composición social homogénea, no permitió que se plantearan problemas económicos del tipo discutido por la literatura inglesa del siglo XVII. No existió un estrato burgués autoconsciente que no pudiese ser ignorado políticamente por el gobierno, y de cuyos intereses se ocuparon primordialmente los «panfletistas» ingleses de la época. Como ocurre siempre bajo condiciones burocráticas patrimoniales, la administración sólo tuvo que ocuparse seriamente de la actitud de los gremios mercantiles en un sentido «estático», y únicamente cuando se vio amenazada la conservación de la tradición y de los privilegios especiales de aquéllos. Sin embargo, los gremios mercantiles no tuvieron una participación dinámica en las condiciones de equilibrio, debido a la ausencia de intereses capitalistas expansivos (*idesaparecidos!*) dotados de la fuerza suficiente para obligar a la administración estatal a ponerse a su servicio, tal como sucedió en Inglaterra.

#### 8. *El sultanismo y los eunucos como oponentes políticos de los literatos*

Sólo una comprensión de las fuerzas que éstos tuvieron que combatir permite apreciar la situación *política* total de los literatos. Podemos prescindir aquí de las heterodoxias, puesto que se tratará de ellas más adelante.

Al principio, los principales adversarios de los literatos fueron las «grandes familias» del período feudal, las cuales no deseaban ser desplazadas de su monopolio de cargos oficiales. Al imponerse la necesidad de adaptarse a las exigencias del patrimonialismo y a la superioridad del conocimiento de la escritura, éstas encontraron sistemas y medios

para abrir camino a sus hijos gracias al favor imperial. Después aparecieron los compradores de cargos capitalistas: consecuencia natural de la nivelación de los grupos de status y de la economía monetaria fiscal. En este caso, la lucha no pudo presentar un vencedor constante y absoluto, sino sólo triunfos relativos, debido a que toda exigencia de guerra obligaba a la empobrecida administración central a recurrir al truco de los *cargos prebendarios* como único medio de financiar la guerra. Así sucedió hasta hace poco.

Los literatos también tuvieron que enfrentarse con los intereses racionalistas de una administración dirigida por una burocracia experta. Funcionarios expertos, especializados, ya existieron en el año 601 bajo Wen Ti. En 1068, durante la difícil época de las guerras defensivas, bajo el reinado de Wang An Shi, éstos llegaron a triunfar plenamente durante un breve período. Pero la tradición prevaleció de nuevo y esta vez de modo definitivo.

Sólo subsistió un importante y permanente enemigo de los literatos: el sultanismo y el sistema de eunucos en que se basaba.<sup>53</sup> Por ello, los confucianos mostraron profundo recelo ante la influencia del harén. Resulta muy difícil comprender la historia china sin una perspectiva de este enfrentamiento.

La constante lucha entre los literatos y el sultanismo, que duraría dos milenios, se inició bajo el reinado de Shi-Hwang-Ti; y continuó bajo todas las dinastías, puesto que, naturalmente, siempre hubo gobernantes enérgicos empeñados en romper los vínculos que les ataban al culto grupo de status de los literatos, contando para ello con el apoyo de eunucos y advenedizos plebeyos. Numerosos literatos que se enfrentaron a esta forma de absolutismo tuvieron que perder la vida a fin de mantener a su grupo de status en el poder. Pero, a la larga, los literatos prevalecieron una y otra vez.<sup>54</sup> Cualquier sequía, inundación, eclipse solar, derrota militar u otro acontecimiento generalmente amenazador restituía de inmediato el poder a los literatos. En efecto, esos hechos fueron considerados consecuencias de un quebrantamiento de la tradición y un abandono del modo de vida

clásico, salvaguardado por los literatos y representado por los censores y la «Academia Hanlin». En todos esos casos, se concedía el derecho de «libertad de discusión», se pedía consejo al trono y el resultado era siempre la conclusión de la forma no clásica de gobierno, la ejecución o prohibición de los eunucos, un retraimiento de la conducta a los esquemas clásicos, en resumen, una adaptación a las exigencias de los literatos.

El sistema del harén suponía un peligro considerable, debido a la organización de la sucesión al trono. Los emperadores menores de edad estaban sometidos a la tutela de las mujeres; a veces, este gobierno de las faldas se convirtió en el gobierno en sí. La última emperatriz madre, Tsu hsi, intentó gobernar con ayuda de eunucos.<sup>55</sup> No discutiremos aquí la intervención de taoístas y budistas en estas luchas, que aparecen a lo largo de toda la historia china —por qué y cómo éstos fueron específicamente aliados naturales, de los eunucos, y en qué medida fueron aliados debido a su situación relativa.

Dicho sea de paso, la astrología fue juzgada una superstición no clásica, al menos desde el punto de vista del confucianismo moderno.<sup>56</sup> Se consideró que competía por la orientación del gobierno con la exclusiva significación del carisma *Tao* del emperador. Al principio no existió esta situación. Es posible que la competencia departamental entre la Academia Hanlin y el cuerpo colegiado de astrólogos tuviese una importancia decisiva;<sup>57</sup> tal vez intervino también el origen jesuítico de las medidas astronómicas.

Los confucianos estaban convencidos de que la confianza en la magia, cultivada por los eunucos, era causa de todas las desgracias. En su memorial del año 1901, Tao Mo reprochaba a la Emperatriz que por su culpa se hubiese eliminado, en 1875, al verdadero heredero del trono, pese a la protesta de los censores, ya que el censor Wu Ko Tu había dado testimonio de ello al suicidarse. El memorial póstumo de Tao Mo a la emperatriz, y la carta que dirigió a su hijo, destacaban por su viril belleza.<sup>58</sup> No puede caber la menor duda en cuanto a la sinceridad y profundidad de su convic-

ción: También debe atribuirse con toda certeza a la influencia de los eunucos la confianza de la emperatriz y de numerosos príncipes en el carisma mágico de los bóxeres.<sup>59</sup> En su lecho de muerte, esta impresionante mujer formuló el siguiente consejo: (1) que jamás se volviese a permitir que una mujer gobernase China y (2) que se aboliese para siempre el sistema de eunucos.<sup>60</sup> Este consejo fue seguido de modo distinto a lo que sin duda fue su intención —suponiendo que los informes sean exactos. Pero no cabe duda de que, para el auténtico confuciano, todo lo sucedido a partir de entonces, sobre todo la «revolución» y la caída de la dinastía, sólo confirma lo acertado de su convicción sobre la importancia del carisma de la virtud clásica de la dinastía. En este sentido se explotaría esta creencia, en el caso improbable, pero posible, de una restauración confuciana. Los confucianistas, en última instancia literatos pacifistas orientados hacia el bienestar político interno, naturalmente mostraron aversión o falta de comprensión ante los poderes militares. Ya hemos comentado su relación con los oficiales y hemos visto que todos los *Anales* se ocupan paradigmáticamente de ésta. En los *Anales* pueden encontrarse protestas contra el nombramiento de «pretos» como censores (y funcionarios).<sup>61</sup> Puesto que los eunucos fueron especialmente populares como favoritos y generales, al modo de Narses, ello sugería una mala disposición hacia el ejército patrimonial puramente sultanista. Los literatos se enorgullecían de haber destituido al popular usurpador militar Wang Mang. El peligro de un gobierno con la colaboración de plebeyos siempre ha sido grande en el caso de los dictadores, pero ése es el único intento conocido en China. No obstante, los literatos se sometieron al poder establecido *de facto*, incluso cuando fue creado por mera usurpación, como el poder de los Han, o por conquista, como el poder de los manchúes mongoles. Se sometieron aunque ello les impusiese sacrificios —los manchúes se apoderaron del cincuenta por ciento de los cargos públicos sin poseer las calificaciones educativas necesarias. Los literatos se han sometido al gobernante *si éste* se ha sometido, a su vez, a sus exigencias ritualistas y

ceremoniales; sólo *en ese caso* se han adaptado y han adoptado una postura «realista», como diríamos en lenguaje moderno.

«Constitucionalmente» —y ésta fue la teoría de los confucianos— el emperador *sólo* podía gobernar empleando literatos titulados como funcionarios; «clásicamente» sólo podía gobernar empleando funcionarios confucianos ortodoxos. Se consideraba que toda desviación de esta norma era susceptible de provocar un desastre y, en caso de obstinación, la caída del emperador y la ruina de la dinastía.